

Prefacio

En cada una de sus fases más descollantes, la humanidad supo darse nuevos criterios vocabularios y códigos para releer el Mundo a su manera. La religiosidad originaria fue cediendo el paso a visiones más antropocéntricas y voluntaristas, y luego a concepciones del mundo siempre más refinadas y especializadas: constelación de virtudes, universo escrito en caracteres matemáticos, indagaciones sobre la dimensión política del convivir y así sucesivamente. Cada nueva clave de lectura impulsó poderosamente el progreso humano, dio mejor expresión a las verdades del momento y abonó el terreno a conocimientos superiores que vendrían. El Mito, pongamos, fue la Verdad de una época que aún no disponía de criterios vocabularios y códigos para expresarla de otra manera.

¿Será una moda, o tiene profundo sentido histórico, y cuidado si hasta intemporal, el intento de leer el Mundo actual del hombre, o sea la unidad de todos los fenómenos culturales de nuestra época, *sub specie communicationis*, desde el ángulo conceptual de la Comunicación, una manera de estar relacionados que hoy practicamos como nunca antes en la historia de la humanidad? Las más prominentes Teorías del Conocimiento, la kantiana por ejemplo, asentarían sin pensarlo dos veces: junto con Inherencia y Causalidad, *Comunidad* —del grupo triádico de la Relación— es una de las doce categorías supremas del entendimiento, de los conceptos que todo lo abarcan y que pueden predicarse de cualquier fenómeno sin excepción. Convertida por esquematización la Inherencia en *Comunión*, la Causalidad en *Información* y la Comunidad en *Comunicación*, disponemos de un sólido asidero gnoseológico para asumir que todo lo humano puede e incluso debiera ser pensado, *inter alia*, en clave comunicacional. Pero esa lectura relacional del espíritu y de la praxis humanos desde una Teoría de la Comunicación, llamada a revelar aspectos mal explorados del convivir, está en sus albores apenas.

Se reúnen aquí algunos esbozos de análisis justamente encaminados en esa dirección. En su mayoría son intentos iniciales de repensar des-

de la contemporaneidad —aplicando categorías comunicacionales y el cúmulo de saberes, revelaciones y complicaciones traídos por las nuevas tecnologías— añejos, irresueltos y acuciantes problemas de nuestra civilización que insistimos en seguir descifrando con obsoletas y ya infecundas claves conceptuales de épocas pretéritas. El caso de la tan invocada Libertad de Expresión es emblemático: en la plataforma conceptual de sus actuales defensores siguen imperando, con perseverancia y exclusivismo dignos de mejor causa, los evangelizados principios de la *Déclaration* de 1789, de una época en que sólo existían papel y tinta.

Los principales temas o nociones re-analizados desde el ángulo de la Comunicación son aquí: los dos *Códigos* que cambiaron el Mundo del hombre, el alfabético lineal en el siglo XIV a.C. y el dígito binario en el siglo XX; la *Ciudad* como *tópos* de la intersubjetividad y la comunicación; la *Libertad de Comunicar* en la era electrónica; la llamada *Sociedad del conocimiento* y la *Educación* ante las nuevas formas de conservación, elaboración y transmisión del saber, el *Pensar* ante las computadoras masivamente inteligentes, el tema del *Futuro* y los procesos políticos de *Integración* en la era de las comunicaciones

El Lector tendrá la gran cortesía de tomar esos análisis, cada uno en estado de elaboración más o menos avanzado, como sumarios, notas iniciales, cabos sueltos o borradores de libros que su autor ya no escribirá, pero que investigadores, tesisistas, doctorandos o interesados en la materia pudieran aprovechar y tal vez completar convirtiendo estas sinopias en enriquecidos frescos finales. Su deseo confeso es convencer a muchos que una lectura de la contemporaneidad (pero igualmente del pasado) en clave comunicacional, constituye uno de los más apasionantes, reveladores y útiles ejercicios intelectuales por las novísimas luces que arroja sobre el progreso del saber, el convivir del hombre, sus relaciones con los poderes y la salvaguarda de las libertades democráticas.

Antonio Pasquali
Caracas, agosto de 2011

I

Los códigos

I

Conservadurismo y Progresismo, desaciertos de pasadas manías clasificadoras, no llegarán jamás a conformar un dilema o una antinomia; en buena lógica, ni siquiera son polos de una genuina contradicción. Apenas connotan dos lecturas extremistas, luego paradójicas y caricaturescas, de un humano devenir que en realidad se alimenta de ambos; un día sus últimos partidarios entrarán en razón y se rendirán mutuo homenaje, por la savia que desde siempre se han proporcionado el uno al otro. Corresponderá al más jactancioso progresismo el primer gesto de caballerosa pleitesía hacia el espíritu de conservación, ese estoico *conatus in suo esse perseverari* o perenne intento de lo viviente de permanecer o conservarse en su propio ser, sin el cual el homínido no hubiese superado nunca su etapa nómada, evanescente, a-histórica y sin futuro para...progresar.

¿Son acaso concebibles una historia como maestra de vida sin memoria conservadora, el progreso científico sin acumulación de conocimientos, los sistemas normativos sin pasadas casuísticas, las destrezas y habilidades humanas no atesoradas y, por último, aunque no menos importante, un alimentarse gustativa y dietéticamente de calidad sin los incontables y exitosos procesos de conservación de alimentos lentamente afinados durante milenios?

¿No es entonces el progreso, desde un cierto ángulo, la variable dependiente de un previo aprendizaje a conservar algo? Todas las Musas son hijas de *Mnemosúne* la conservadora Memoria, parto de la Tierra con Zeus, de lo humano divinizado.

Ese reconocimiento de una suerte de dialéctica pendular, sincrónica a veces diacrónica otras, entre conservar y progresar, facetas de un solo proceso de auto-afirmación del hombre, tiene su ejemplo-cumbre en la invención y uso de los lenguajes hablados y más tarde escritos, inherentes y por eso coevos al desarrollo del pensar mismo. Iniciándose

hace unos cuantos miles de años la etapa exponencial de su evolución y progreso, el *homo sapiens* que ya llevaba cientos de siglos afinando el habla, abandona el nomadismo (un poderoso instigador a no guardar casi nada consigo, a no conservar) volviéndose definitivamente sedentario y... conservador de su vida y bienes, esto es, ente histórico, exaltando de manera ya irrefragable el instinto a mantenerse en sí y guardar conciencia de su continuidad en el tiempo mediante una acumulación física e inmaterial, ahora posible o más fácil, de su pasado.

Comienza entonces no sólo a fundar ciudades sino también a ritualizar los ciclos repetitivos de nacimientos y muertes, siembras y cosechas, a fijar sus creencias estereotipando cultos y ritos y elevando templos, a formalizar sus capacidades de intervenir pragmáticamente o de reproducir bellamente la realidad, a enterrar y venerar sus muertos, a confiar a chamanes, ancianos memoriosos, vestales sacerdotes y finalmente a escribir sus varios saberes, normas del convivir, palabras mágicas, valores, cálculos y transcripciones esotéricas de sus conocimientos, en una gigantesca operación cultural compartida no se sabe bien cómo, —y a diferentes velocidades— por la mayoría de los escasos seres humanos regados sobre la Tierra, y destinada a fabricar, conservar, mejorar y hacer transmisibles la Cultura, todo lo que los humanos modificaban o añadían a *Fúsis*, la Naturaleza, de manera siempre más compleja y sofisticada.

Avanzando ahora más rápidamente en el proceso de depositar en sus almacenes fácticos y mentales, con propósitos conservadores, el universo científico, práctico y axiológico de su tiempo, éste se le revela de manera creciente en todo su carácter complejo, polimorfo, estratificado, enciclopédico y por ende necesitado de mentes, depósitos y lenguajes especializados. Trátase de plegarias o de cuentas mercantiles, de alabanzas al difunto, impuestos a cobrar, inventarios de almacenes o listados de rebaños y barcos, toma además cuerpo una siempre más apremiante necesidad de insuflar racionalidad y organización a tales procesos mnemónicos para mejor conservar, disfrutar, recuperar, evocar, reproducir, modificar y poder convertir el saber conservado en mensaje comunicable a través del espacio y el tiempo, en una «carga» o *munus* que no se pierda con la muerte de su portador, que se vuelva *cum-munus*, bien de una *communitas* y pueda ser objeto de una *communicatio* a otros en el espacio y a otras generaciones en el tiempo a venir.

El producto final de su exitosa solución a tal necesidad, uno de los momentos más estelares de la historia de la humanidad, será la invención de la escritura, esa genial transposición del pensar y el hablar a otro

código analógico que los vuelve siempre más perfectamente almacenables, reproducibles y comunicables a perceptores alejados o futuros, lo que presupuso, como veremos, la invención de *Códigos* siempre más perfectos para lograrlo.

La principal condición de posibilidad de tal milagro ya estaba dada desde hacía milenios, transcurridos por los humanos a convertir su universo de objetos, prácticas, ideas y creencias en una enorme acumulación de *Signos* de cualquier naturaleza, suerte de atajos prácticos para evocar lo mencionado o referente sin tener que volverlo a ver, tocar o contar, pero ya dotados de todas las características más ampliamente aceptadas por la semiótica actual: fruto de acuerdos sociales mediante los cuales un elemento generalmente lingüístico (pero también icónico o indicativo) es puesto a remplazar, representa o evoca otra realidad material o inmaterial, una manera de referirse a las cosas «prescindiendo de la existencia de las cosas» (*Eco*).

¿Cuánto tiempo duró ese interregno acumulador de signos que desembocaría en un uso no fragmentario, ocasional y caótico de los mismos sino cósmico o bellamente ordenado (*sintáctico* diríamos hoy) llamado *Lenguaje* hablado y escrito? No hay manera de saberlo; así como la semilla de cacao desarrolla durante el período de su fermentación los llamados «precursores de aromas», análogamente se tomó el progreso humano un buen manojito de siglos madurando las condiciones de posibilidad para que del universo de signos ya en uso brotara su más o menos refinada compactación en *Lenguas* que finalmente —a fuer de una última gran genialidad, la invención del Código más adecuado— recalaría en la *Escritura*, hija predilecta y muy principal de Mnemosíne.

En el comienzo fue pues el Signo; el célebre *Foundations of the Theory of Signs* de Charles Morris, 1938, comienza en tonos brahmsianos con este solemne andante sostenuto: «No hay ser viviente que utilice tanto los signos como el hombre... Su civilización reposa sobre un sistema de signos, y es imposible hablar de la mente humana sin referirse al funcionamiento de los signos, pudiéndose hasta admitir que ella no es sino dicho funcionamiento».

Este breve *excursus* sobre la genialidad humana que hizo posible ordenar bellamente signos de cosas, vivencias e ideas en lenguajes hablados primero, escritos después, se detendrá dentro de poco en el capital momento de la formación de dos *Códigos* que transfiguraron la noosfera humana, facilitando y universalizando un «escribir» en su estado final de perfección omni-denotativa, abriendo inmensas capacidades de almace-

namiento, permitiendo expresar y asentar en una panoplia de soportes contenidos intelectuales volitivos y emocionales antes inexpresables, e incluso acceder a dimensiones del expresarse y del pensar inexplorables sin la ayuda de tales códigos ordenadores.

¿Cómo lograron dichos códigos transfigurar la noosfera humana? Facilitando y perfeccionando la *conservación* del saber en toda su extensión, lo que permitió al ser humano acelerar enormemente su propio *progreso*, resultante de dicha acumulación. Esos dos códigos son el *alfabético* a partir del siglo XII a.C. y el *dígito binario* a partir del siglo XX de nuestra era.

Desde una hermenéutica comunicológica superpuesta al análisis de lo que la semiología llama «pragmática», puede en efecto apreciarse mejor que la primera de dichas transfiguraciones, la escritura alfabética (un verdadero prodigio de la mente humana) representa un momento de importancia decisiva en el devenir del hombre al que la historia no supo dar el merecido relieve.

Comienza en efecto allí, aproximadamente hacia el siglo XII a.C., una fase superior de la relacionalidad, de la intersubjetividad humana: gracias a la codificación del habla en una escritura fácil y ya deslastrada de demasiadas complejidades, limitaciones y secretos de empleo, la conservación, uso y transmisión del saber emigra rápidamente de las celosas manos de sus oligárquicos depositarios, chamanes, guardianes de misterios, sacerdotes, contabilistas y escribas, para pasar a las de aedos populares, ambulantes amigos del saber, educadores espontáneos, rapsodas, sofistas, espíritus libres y finalmente toda persona alfabetizada.

El escribir deja así de ser ejercicio reservado y hasta sagrado, *hieroglyphico*, para volverse acto profano accesible a todos. Esta vulgarización del saber por mor de un escribir fácil —es lo menos que podemos pensar— no debió estar exenta de conflictos; la molesta reacción al nuevo estado de cosas de parte de la vieja aristocracia del saber y de la *paidéia* orales pudiera haber motivado de alguna manera la pésima cuán injusta imagen que la primera escuela filosófica ateniense, la socrático-platónica, nos ha dejado de los ambulantes sofistas. Sea como fuere, la invención del código alfabético fue el primero de los dos pasos más revolucionarios dados por el hombre hacia una profunda, irreversible y expansiva democratización del saber, de su empleo y libre comunicación.

Antes de abordar el génesis y desarrollo de ambas revoluciones, dos constataciones previas se imponen:

1) La acepción hoy más pertinente de *Código* no figura entre las que encabezan sus definiciones en los diccionarios. Pese al origen jurídico de